

La Evocación

25 AÑOS DESPUÉS, UNA MEMORIA PLURAL

03Nov1995/2020

Esquirlas

por *Fernanda Juárez* / Imagen:
“Hongo” de Rubén Ramonda

Una serie de palabras –propias del lenguaje de la guerra– irrumpieron inesperadamente a mediados de la década de 1990 entre los habitantes de Río Tercero: “explosiones”, “proyectiles”, “bombardeo”, “zona roja”. Como presagio de un desastre de dimensiones incalculables, en la mañana del 3 de noviembre de 1995, se erigió –ante la vista de todos– un gigante de humo con lengua de fuego. El primer estruendo y la aparición repentina de un hongo en el cielo marcaron el comienzo de una tragedia que se llevó la vida de siete personas, dejó más de trescientos heridos y una ciudad en ruinas.

Proyectiles incrustados en las viviendas, esquirlas esparcidas en las calles, ambulancias trasladando heridos, gente huyendo despavorida, techos de casas arrancados, vehículos calcinados, paredes derrumbadas. Las escenas –desde el minuto cero– remitían a unatipología de las catástrofes.

El imaginario universal de la destrucción traía, como en flashes, los bombardeos de Guernica, Hiroshima y Nagasaki. Por momentos, la conexión con esas imágenes se interrumpía. La ausencia de un contexto bélico –la inexistencia de una hipótesis de conflicto– impedía abrir un resquicio por donde colar un mínimo de entendimiento. En Río Tercero, llovía material pesado en todas las direcciones sin que se divisaran aviones ni fuerzas en combate. Para algunos, a lo lejos sonaba el eco del bombardeo del '55 en la Plaza de Mayo. Más próximo en la memo-



ria ciudadana, los estallidos producidos por los atentados a la Embajada de Israel en Argentina, en 1992, y a la AMIA, en 1994, encendían señales de alarma y acrecentaban las sospechas de que la cola del diablo se insinuaba entre las detonaciones y llamaradas de la fábrica.

Un hilo de pólvora vino a unir las secuencias de esta devastación con el lenguaje del fraude y la simulación: “contrabando de armas”, “encubrimiento”, “corrupción”. La comunidad de Río Tercero experimentó—con la violencia de una descarga y la potencia destructiva del fuego— los efectos de las políticas pergeñadas por el entonces presidente Carlos Saúl Menem. A pocos días del siniestro, los vecinos escrutaban el gesto adiestrado de una cohorte de funcionarios recién llegados. La premura por decir “accidente” y el carácter taxativo de semejante afirmación desnudaba los precarios escondites de aquello ominoso e indecible que flotaba como una nube negra en la cabeza de todos. Dos décadas después, algo sabido—aunque no confesado—iba a quedar finalmente demostrado durante la sentencia judicial. Las explosiones de la Fábrica Militar de Río Tercero fueron provocadas por un incendio intencional con el objetivo de ocultar un faltante por la venta ilegal de armasa Croacia y Ecuador.

Durante los años transcurridos, hubo que imaginar formas novedosas de resistencia. Sobreponerse a las pérdidas, marchar en silencio, evaluar daños, reunir pruebas y esbozar un nuevo trazado en el que estuvieran contenidas las huellas —materiales y espirituales— de una tragedia que trastocó la geografía y el carácter de la ciudad. La experiencia colectiva del dolor derivó, así, en el incesante reclamo de justicia y en un colosal esfuerzo de reconstrucción. La onda expansiva de las explosiones había esparcido esquirlas con una furia inusitada. Desde entonces, las acciones —en todos los órdenes— se orientaron a conjurar la dispersión. Un tejido de expresiones afectivas y fraternas llevó, lentamente, a encontrar las palabras perdidas y el sentido vital necesario para alumbrar —en medio de la oscuridad— el renacimiento de una ciudad. La síntesis del sufrimiento y la recuperación quedó atrapada en el lenguaje de las explosiones. Una eficaz simbología que, lejos de extinguirse, vuelve con el sol de cada noviembre para exigir a la ciudadanía —deseosa de futuro— un ejercicio perdurable de evocación.